

Entre “la casa y la ciencia”: mujeres científicas en Tlaxcala, México¹

Aurelia Flores Hernández*
Soledad Soto Rivas**
Adelina Espejel Rodríguez***

Resumen

En este trabajo se discute que aun en escenarios académicos y científicos considerados de élite, las relaciones de género no escapan a la encrucijada de la cultura patriarcal. Es de particular interés mostrar, a través de las narrativas del profesorado que se dedica a la ciencia y la investigación y que es reconocido en el Sistema Nacional de Investigadores (SNI) de México, las dificultades que este sector enfrenta y las estrategias a las que recurre para conciliar la vida familiar con la vida científica, ante la demanda de los parámetros de productividad requerida por el organismo. En el contexto estudiado se demostrará que las mujeres dedicadas a la ciencia enfrentan mayores retos y dificultades para posicionarse, permanecer y/o ascender en el SNI, donde la construcción social de género y el ejercicio de la maternidad serán algunos elementos que determinen los retos para transitar de un nivel a otro. A pesar de ello, las mujeres optarán por estrategias de reacomodo, aun cuando repercutan en su salud física y emocional. El trabajo se apoya en los fundamentos de la teoría de género y metodológicamente adopta la perspectiva de la antropología de la experiencia. El estudio fue aplicado a profesorado de la Universidad Autónoma de Tlaxcala (UATx), recurriendo para la recuperación de las narrativas al empleo de herramientas cualitativas.

Abstract

This article discusses that despite academic and scientific scenarios are considered elite, gender relations do not escape to the crossroads of patriarchal culture. For that purpose, through the stories of professors dedicated to science and research, recognized in the National System of Researchers (SNI) of Mexico, this paper analyzes the difficulties and the strategies they use to reconcile the family life and scientific life. The women dedicated to the science face greater challenges and difficulties for positioning in the SNI, the social construction of gender and the exercise of the maternity leave will be some elements that

¹El trabajo forma parte de una investigación de alcances mayores titulada “Posibilidades e inconvenientes para fomentar una enseñanza con perspectiva de género en la Facultad de Trabajo Social, Sociología y Psicología de la Universidad Autónoma de Tlaxcala”, con clave 126335 y financiado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), Fondos Sectoriales Convocatoria UPEPE-SES- 09-01.

*Profesora investigadora en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias sobre el Desarrollo Regional de la Universidad Autónoma de Tlaxcala. Correo electrónico: aure7011@hotmail.com

**Estudiante del Doctorado en Economía Política del Desarrollo, del Centro de Estudios del Desarrollo Económico y Social de la Facultad de Economía de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Correo electrónico: zolex333@hotmail.com

***Profesora investigadora titular en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias sobre el Desarrollo Regional de la Universidad Autónoma de Tlaxcala. Correo electrónico: adelinaer@hotmail.com

determine the challenges to move from one level to another. The women opt to strategies of rearrangement, even when these have an impact on their physical and emotional health. The paper is supported by the theory of gender and methodologically by the anthropology of experience. The study was applied to the faculty of the Universidad Autónoma de Tlaxcala (UATx), resorting the use of qualitative tools for the recovery of the narratives.

Palabras clave / Key words

Perspectivas de género, ciencia, educación, cultura patriarcal, producción académica/
Gender perspectives, Science, Education, Patriarchal Culture, Scholarly Output.

Introducción. Género y ciencia

La investigación científica es una actividad intelectual que exige cualidades humanas, capacidades intelectuales, de trabajo, disciplina y conocimientos científicos poco comunes. Pierre Bourdieu (2003:100) enuncia: "existir científicamente es distinguirse, de acuerdo con las categorías de percepción vigentes en el campo, o sea, por los colegas"; en otras palabras, haber contribuido algo al campo de la ciencia, diferenciarse —positivamente— por hacer una "aportación distintiva". Según el autor, en el intercambio científico la *persona sabia* aporta una "contribución" que públicamente le es reconocida, pudiendo ser constatada a través de la referencia en forma de cita de las fuentes de esos novedosos conocimientos. En estos espacios de generación de conocimientos, de construcción de la ciencia, ¿hombres y mujeres gozan de los mismos privilegios o de condiciones de igualdad para el ejercicio de hacer/producir ciencia? Londa Schiebinger (2004), en *¿Tiene sexo la mente?*, recapitula los obstáculos que las mujeres han esquivado al intentar participar en la práctica científica, considerada históricamente como un espacio de dominio masculino. Los aportes de la teoría feminista han sido significativos para recuperar la participación de las científicas en la filosofía y la historia de la ciencia. Una proposición central de esta teoría es la desmitificación de que la ciencia es neutra y objetiva (Barral, M., C. Magallón, C. Miqueo y M., Sánchez, 1999).

Desde esta perspectiva, ciencia y género son categorías construidas socialmente (Evangelista, A., R. Tinoco y E. Tuñón, 2012): la primera referirá a un cuerpo de conocimientos cimentados en determinada comunidad, y cuya concepción rígida presupone exigencias de pruebas lógicas y verificaciones experimentales; mientras que la segunda aludirá a las construcciones socioculturales de lo femenino y lo masculino, en fundamento a que la desigualdad se cimienta en un hecho biológico. Este argumento sostenido por Evelyn Fox Keller (1989) indica que las relaciones entre hombres y mujeres

y la ciencia son creadas y recreadas en sus contextos de origen y matizadas por elementos políticos, culturales, ideológicos e institucionales, entre otros. Agrega Cintia Pérez (2011) que la ciencia, al igual que la tecnología, son productos intelectuales de una sociedad determinada. En este sentido, si una sociedad se encuentra regida bajo esquemas de desigualdad de género, producirá una cultura, una ciencia y una tecnología impregnadas de sesgos de género. Para esta autora, los condicionantes culturales, los estereotipos y los prejuicios de género de la sociedad determinan tanto el contenido de la ciencia que se produce como la selección de las personas que van a participar en el proceso de generación del conocimiento científico.

María José Barral, Carmen Magallón, Consuelo Miqueo y María Dolores Sánchez (1999) afirman que la ciencia y la tecnología son sistemas que conforman nuestras vidas, “estructuran lo que hacemos, cómo lo hacemos y nuestra visión de las relaciones sociales y lo qué significa ser humano”. Por su parte, Gloria Bonder (2004) reconoce que el tema de género y ciencia debe visualizarse como un problema de élite, pues agrega que la incidencia de la ciencia en todas las dimensiones de la vida social ha contribuido a visibilizar las particularidades en las relaciones que las mujeres mantienen con la ciencia y matizan las diferencias y, más aún, las desigualdades entre varones y mujeres en ese ámbito.

Por su parte, Mino Vianello y Elena Caramazza (2002) establecen, en la crítica de la relación de género y ciencia, que al menos hasta el siglo XX las mujeres no dejaron huellas en la vida científica. Los autores precisan que ello se debe al modo como se han formado los esquemas mentales y culturales, más que a la supuesta incapacidad femenina. En este tenor, Sandra Harding (1996) señala que las posiciones subordinadas que las mujeres han ocupado en la ciencia y su invisibilidad para la historia se debió al disimulo intencionado de un sistema patriarcal presente a fin del siglo XIX y vigente hoy en día.

Actualmente, a pesar de que algunos organismos internacionales han recomendado favorecer el emprendimiento de investigaciones acerca de las mujeres en los ámbitos científicos, los indicadores de producción científica continúan señalando que, en contraparte a los hombres, las mujeres se encuentran en los niveles más bajos de participación y productividad, en los puestos de menor categoría y son objeto de escasos reconocimientos (Russel, J., 2003). Renée Clair (1996) precisa que si bien las mujeres han contribuido colateralmente al desarrollo científico, las desigualdades de género en los ambientes científicos persisten. A nivel internacional aún no se establecen estrategias puntuales para solucionar un problema de tal envergadura. Pese a que algunas naciones han propiciado acciones para incorporar a las mujeres en espacios de la ciencia, la participación femenina aún es endeble en muchas áreas de la vida científica.

Como se ha señalado, la desigualdad de género está enraizada no solamente en estructuras jerárquicas de la ciencia. Mabel Burin (2008) denomina "fronteras de cristal" al fenómeno que impone obstáculos a la carrera laboral femenina, refiriéndose a:

... un nuevo conflicto, un límite entre la familia y el trabajo, constituido por "*fronteras de cristal*" [cursivas de la autora] que se imponen a las mujeres..., de una manera invisible, obligándolas a "elegir" entre ambos intereses. Estas fronteras se agregan al clásico "techo de cristal" impidiendo a las mujeres seguir avanzando en sus carreras laborales. En los dos casos se trata de superficies invisibles, ya que a pesar de que no hay leyes ni códigos que digan "las mujeres no pueden ocupar estos lugares de trabajo", en la práctica existen leyes y códigos familiares y sociales que tácitamente imponen al género femenino esta limitación (Burin, M., 2008: 11).

Hasta aquí hemos querido señalar que en la ciencia, como recurso humano, las mujeres han sido consideradas poco importantes en un sistema patriarcal científico permeado de marcos normativos hegemónicos. Con la intención de reflexionar acerca de las dificultades y las estrategias por las que opta el profesorado de la Universidad Autónoma de Tlaxcala (UATx) con nombramiento del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) para acomodar la vida familiar con la vida científica, y puntualizar si las experiencias de las mujeres indican mayores retos y dificultades para posicionarse, permanecer y/o ascender dentro de este organismo, estructuramos el resto del documento en cinco apartados: los ejes conceptuales, el encuadre institucional, la postura metodológica, el contexto de estudio y los hallazgos.

Ejes conceptuales: conciliación familia/trabajo

Celia Amorós (2000) considera que la dualidad de los espacios sólo se traduce en una ordenación binaria entre los géneros, donde "lo masculino" es relacionado con la cultura, la libertad, la universalidad-imparcialidad, la mente-producción de ideas, la razón-entendimiento, la ética de la justicia, la competitividad, el hacer, la productividad-trabajo, "los iguales" —individuos-ciudadanos—; mientras que "lo femenino" se asocia con la naturaleza, la necesidad, la particularidad-deseo, el cuerpo-producción de cuerpos, la pasión-sentimientos, la ética del cuidado, la caridad-beneficencia, el ser, la improductividad-sus labores, "las idénticas" —madres-esposas—. En esta separación de espacios y de construcción de identidades diferenciadas según género, las mujeres son recluidas y confinadas al mundo privado, y los hombres son instalados en múltiples dimensiones de los espacios públicos y alejados del microcosmo familiar.

Una de las principales aportaciones del feminismo es el cuestionamiento a esa línea que ha dividido el ámbito público del privado (Benhabib, S., 1990). Históricamente, las mujeres han estado confinadas a la privacidad del espacio doméstico: crianza de infantes, responsabilidad del hogar, satisfacción de necesidades emocionales y sexuales de la pareja, cuidado de personas enfermas y adultas mayores, entre otras, restándoles oportunidad de incursionar en la vida pública (Villanova, M., 1994). Si bien en muchas culturas hasta hace algún tiempo el mundo privado permanecía fuera del alcance de la justicia, y la libertad y la reciprocidad se detenían en las puertas del hogar, en la actualidad los logros jurídicos y avances legales para hacer público lo que antes era considerado exclusivamente como privado ha virado paulatinamente. El reconocimiento de que la familia hoy día puede constituirse como uno de los sitios de mayor opresión hacia las mujeres, así como el hecho de que en aquella se tejen relaciones no necesariamente basadas en el amor y el cuidado —ya que pueden estar marcadas por experiencias de violencia, violación marital, abuso sexual a infantes, maltrato y descuido de éstos, desiguales oportunidades educativas entre hermanos y hermanas, e intocables violaciones poco tangibles de la dignidad y de la igualdad de las personas (Nussbaum, M., 2002)—, sin duda alguna esta novedosa mirada en la vida familiar constituye una de las aportaciones fundamentales de la reflexión feminista.

Seyla Benhabib (1990) precisa que a pesar de tales cambios, en el ámbito cultural y social se siguen arrastrando aún estereotipos y creencias que se transmiten por generaciones, dos de las cuales lo representan el ejercicio de la maternidad como función natural/cultural y exclusiva para las mujeres, así como las responsabilidades domésticas. La maternidad y el funcionamiento del hogar se convierten en “ataduras socioculturales” que las mujeres llevan auestas —en distintas modalidades— durante toda su vida y que en muchos casos las obliga a cumplir nuevas consignas sociales que Lourdes Fernández (2005) enuncia como “ser todo al mismo tiempo”. Ninguna mujer escapa a estos mandatos incluso en aquellos casos donde cree tener mayores condiciones de libertad, de privilegio o de igualdad. Las mujeres dedicadas a la investigación científica como un grupo de élite no se eximen de experimentar tales circunstancias: las elecciones de determinadas estrategias para armonizar la vida familiar y científica se hará en marcos restringidos de poder.

La incorporación femenina en los procesos económicos y sociales ha llevado a las mujeres a la aceptación de posiciones con menores garantías laborales que las de los hombres: trabajos con remuneraciones desventajosas, mayor número de actividades y responsabilidades en los ámbitos familiar, maternal, laboral y hasta comunitario, así como mayores demandas sociales para cumplir “bien” sus funciones reproductoras. Esta situación las ha conducido a establecer mecanismos estrictos de administración de su tiempo que las vuelve casi invisibles, incluso para sí mismas. Al respecto, Raquel Royo Prieto acota:

Son las mujeres quienes generalmente vivencian los conflictos e incompatibilidades entre la esfera familiar y laboral. En la práctica son ellas quienes se enfrentan a esa tesitura de elegir entre familia y trabajo remunerado que para ellos, habitualmente, no constituye sino una hipótesis lejana, que generalmente ni se formula. En definitiva, mujeres y hombres evalúan el ámbito familiar y laboral desde sus posiciones de género, configuradas por la estructura socioeconómica y la herencia cultural (2011: 192).

Rita Vázquez (2010) refiere que, en los últimos años, las mujeres han obtenido logros importantes al ampliar su participación en el "mundo de los hombres", sin embargo, "esos hombres" no se han incorporado plenamente a las "actividades de ellas". En este modelo hegemónico y heteronormativo, la división sexual del trabajo impone y condiciona a las mujeres a continuar siendo responsables directas y exclusivas de las labores del hogar y el cuidado y procuración de hijos e hijas, mientras que los varones gozan de permisión social y cultural para dedicarse de tiempo pleno al mundo público; el reparto de las tareas domésticas y de cuidado siguen siendo desiguales. En los entornos laborales académicos, las mujeres y los hombres de ciencia están marcados por tales parámetros. Las barreras y dificultades más importantes que las mujeres enfrentan para su desarrollo profesional en el plano educativo lo representa el conflicto de papeles que experimentan al tener que atender las demandas familiares y profesionales de manera simultánea (Tomás, M. y C. Guillamón, 2009).

El término conciliación es oportuno en este debate. Éste puede ser interpretado "como un problema que implica que se debe ayudar a las mujeres para que puedan combinar el trabajo reproductivo en el hogar con el trabajo productivo en el mercado laboral" (Bustelo, M. y E. Peterson, 2005:35). Desde esta lógica, las acciones de resarcimiento corresponden a dimensiones públicas —el mercado laboral— más que al establecimiento de corresponsabilidades en el plano familiar —ámbito privado—. En este sentido, las mujeres son responsables de los cambios, es decir, de armonizar y compatibilizar el trabajo y la vida familiar. María Bustelo y Eli Peterson (2005: 35) agregan que "la conciliación está representada como un problema de las mujeres en general y de las madres trabajadoras en particular. Así, en los textos se nos da a entender que si no hay hijos/as por medio, no hay nada que conciliar. Y si las madres no trabajan, tampoco".

Algunos de los factores que dificultan el avance de las mujeres en la ciencia se ubican en el ámbito cultural y político —los valores y las percepciones sociales que enmarcan las relaciones entre los dos sexos— y los factores que operan en el plano institucional (Evangelista, A., R. Tinoco y E. Tuñón, 2012). Por ejemplo, los sistemas científicos y tecnológicos no consideran mecanismos

sociales e institucionales para que las mujeres combinen la maternidad y el cuidado de hijas e hijos con el avance de la formación académica; aún más: estos sistemas no están considerando la participación corresponsable de los varones en el hogar y el cuidado de infantes (Blázquez, N. y J. Flores, 2005). Ello nos refiere a la necesidad de armonizar el trabajo con el hogar o el hogar con el trabajo, en palabras acertadas de Sonia Parella (2005, citada en Martínez, M. y C. Paterna 2009: 73): “hacer más llevadera la doble presencia con la que cargan las mujeres” y no solamente suponer que ello signifique trabajar menos, sino además de forma distinta.

Es importante precisar que la dificultad para la conciliación familia-trabajo entre las científicas no solamente se vincula con factores sociales, políticos, económicos y culturales de importante impacto, sino también tiene relación con situaciones enmarcadas en las relaciones de género en un plano cercano (Martínez, M. y C. Paterna, 2009; Bustelo, M. y E. Peterson, 2005; Zubieta, J., 2012). El intento de conciliar la maternidad y la ciencia tiene consecuencias contradictorias en el yo de las mujeres y en sus experiencias. Los costos, aviesos, pueden ser desde emocionales/afectivos —no ser buenas madres, vivir con culpa y con falta de tiempo—, hasta laborales/profesionales —renuncia a un ascenso o abandono de aspiraciones laborales—, aunque el proceso también proporciona beneficios personales —autoestima, apoyo, control, mejora de la vida familiar y satisfacción profesional—.

Por otra parte, Norma Blázquez y Javier Flores (2005) señalan que las mujeres adoptan una carrera científica en circunstancias de desigualdad. Su integración a la vida académica coincide con su edad reproductiva, a causa de la cual la maternidad se convierte en una de las razones por la que terminan abandonando o postergando la continuación de sus estudios y/o su carrera científica. María Luisa Chavoya (2002), en un trabajo aplicado a profesorado destituido del SNI de la Universidad de Guadalajara, encontró que en los casos de mujeres, uno de los motivos de exclusión fue precisamente este factor. La autora precisa que no esperaba que la maternidad determinara la permanencia de las mujeres dentro del SNI, sin embargo, una vez de regreso de un periodo de gravidez, a ellas les resultaba más difícil adecuarse al ritmo de trabajo. Esta autora, retomando a De la Peña (1993), apunta que dada su condición de mujeres casadas o madres, tardan más en lograr una carrera académica; tal demora puede ser de hasta 10 años, tiempo que coincide con la crianza de menores. En otro trabajo aplicado en esta misma universidad, Adriana Ayala (2004) encuentra que las investigadoras enfrentan múltiples complicaciones para el ingreso y/o permanencia en el SNI; particularmente resaltan las dificultades de tipo familiar donde el matrimonio, la maternidad y el trabajo doméstico han sido factores de peso para retardar o frenar el ingreso o el reingreso de las mujeres al referido sistema.

Considerando dichas aportaciones, en este trabajo queremos sumarnos al esfuerzo de continuar documentado la relación ciencia-género y dar cuenta de los impactos que conlleva ser mujer y ser científica, intentando reconocer las dificultades y las estrategias adoptadas por el profesorado científico para acomodar la vida personal/familiar —el hogar— con la vida profesional científica. Especialmente queremos reconocer si para las mujeres de ciencia el ejercicio de la maternidad aparece como un factor ambivalente, pues si bien entre algunas podrá representarse como un aliciente, para otras significará una dificultad para ser competitivas y cumplir la rigurosidad institucional que se requiere para permanecer en el SNI. Para los hombres, el ejercicio de la paternidad parece vivirse de manera diferente, situación que les facilitará dedicarse de tiempo completo a la vida científica. La percepción social de la maternidad, a diferencia de la paternidad, marca de manera determinante la participación de las mujeres y de los hombres en la labor científica. Así, aun cuando las mujeres obtengan altos niveles de formación, sus carreras profesionales no podrán ser desarrolladas al mismo tiempo que las emprendidas por los varones, mientras que ellos tendrán que aceptar un modelo masculino que les impide el compromiso con la familia. El trabajo de dos caras traerá costos físicos resultantes de prolongadas tensiones laborales, extenuantes jornadas de trabajo y angustias individuales que las mujeres dedicadas a la ciencia deberán de sortear en sus *haceres* cotidianos —el hogar y la ciencia— para “ganarse su lugar y su espacio” y demostrar sus capacidades para “seguir dentro” del SNI. Lo precedente serán algunos de los resultados destacados en este trabajo. Un reto aun en tales espacios de élite es la ruptura de mecanismos institucionales y culturales vigentes cada vez más complejos que permean los marcos institucionales y la vida personal para que las mujeres intenten armonizar, disfrutar y resistir entre espacios construidos socialmente como separados y excluyentes: el hogar y la ciencia.

El marco institucional: las mujeres en el SNI

En México, el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt)² fundó en 1984 el Sistema Nacional de Investigadores (SNI) con el objetivo de reconocer la labor de personas dedicadas a producir conocimiento científico y tecnología de alta calidad. Este organismo es responsable de otorgar al profesorado de universidades públicas o privadas los nombramientos como investigadores e investigadoras de prestigio. Las categorías de las distinciones son: Emérito (SNI-E), Nivel III (SNI-III), Nivel II (SNI-II), Nivel I (SNI-I) y Nivel Candidatura (SNI-C) (www.conacyt.gob.mx). Aquéllas son concedidas reconociendo la calidad de las contribuciones del profesorado dedicado a la investigación científica, quien recibe estímulos económicos cuyo monto varía con el nivel

²El Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) es un organismo mexicano público, descentralizado de la administración pública federal, con personalidad jurídica y patrimonio propio, encargado de conducir las políticas de ciencia y tecnología desde 1970. La Ley de Ciencia y Tecnología vigente que rige al Conacyt fue aprobada en 2002.

asignado. La permanencia en el SNI y el ascenso de un nivel a otro implica una constante evaluación —entre pares— que se realiza por comités integrados por la comunidad científica. Norma Blázquez y Javier Flores (2005:321) puntualizan:

Pertenecer al SNI se ha convertido en una vía de legitimación académica que otorga un estatus a nivel individual, y sobre todo, dentro de la estructura institucional, ya que a pesar de las críticas surgidas dentro de algunos sectores de la comunidad científica, se realizan evaluaciones rigurosas en las que se da prioridad al criterio de la productividad medida en términos de número de publicaciones y de la cantidad de citas obtenidas en la literatura científica. En el SNI se califica con mayor puntaje a los trabajos publicados en revistas internacionales arbitradas, por encima de las investigaciones aparecidas en revistas nacionales. Se trata con ello de crear una especie de equivalencia con los científicos extranjeros a quienes de ese modo se considera pares.

Cabe señalar que si bien el número total de integrantes del SNI ha aumentado, la participación de las mujeres en la ciencia se ha mantenido en cifras bajas en las últimas tres décadas, en comparación a la proporción de hombres. Datos del Conacyt para el año 2011 registran a 17 mil 639 investigadores e investigadoras con reconocimiento por el SNI: 5 mil 919 mujeres —33.6 por ciento— y 11 mil 718 hombres —66.4 por ciento—. En el año 2000 se registraron 7 mil 466, de los cuales 5 mil 350 eran hombres —71.7 por ciento— y 2 mil 116, mujeres —28.3 por ciento—; mientras que en el año 1990 fue un total de 6 mil 155, de ellos 1 mil 295 eran mujeres —21 por ciento— y 4 mil 870 —79 por ciento— eran hombres (www.conacyt.gob.mx).

Sylvia Didou y Etienne Gérard (2010) refieren que para las científicas mexicanas tanto la permanencia como la promoción son complicadas. Los estudios presentados en la obra de Norma Blázquez y Javier Flores (2005) reflejan la escasa participación de las mujeres en los puestos jerárquicos en el ambiente científico de realidades latinoamericanas. Para el caso mexicano, las brechas de género se distinguen en el reducido número de científicas activas en la investigación. A mayor nivel en el SNI, menor es el porcentaje de mujeres. El número de mujeres es dos veces menor que el de los hombres conforme se incrementan los niveles: en otras palabras, la participación femenina disminuye al jerarquizarse el dispositivo de reconocimiento de las labores científicas. Además, la presencia de las mujeres aumenta en relación al rejuvenecimiento de los grupos de edad. Otra información indica que el acceso de las mujeres a los niveles más altos del SNI tarda más que el de los hombres y el número de hombres diplomados en el extranjero también es mayor que el de mujeres (Didou, S. y E. Gérard, 2010). Por otra parte, la participación de mujeres en los comités de dictamen y evaluación del SNI registra alrededor de 20 por ciento.

Es importante mencionar que los indicadores antes señalados no son exclusivos para sugerir la inexistencia de una política igualitaria de género en el SNI; sin embargo, los registros permiten distinguir que la aparente neutralidad para aceptar a hombres o mujeres dentro del SNI, basada en méritos académicos y exigencias de productividad, son medidos sin distinción entre unos y otras, pero funcionan en esquemas sesgados (Ruiz, R., 2012; Blázquez, N. y J. Flores, 2005). Sylvie Didou y Etienne Gérard (2010: 53) sugieren colocar la atención para distinguir si el sexo puede ser "un factor discriminante en materia de progresión jerárquica en la carrera académica", sin dejar de considerar que las condiciones sociales y de investigación son desventajosas globalmente para las mujeres.

La única norma sobre condición de género que existe en la reglamentación vigente del SNI, en su artículo 62, estipula que:

A las investigadoras cuyo embarazo ocurra durante el periodo de vigencia de su distinción, se les otorgará un año de extensión, mediante solicitud expresa de la interesada. En estos casos, la producción científica o tecnológica que requerirá presentar en la siguiente evaluación, será la correspondiente al periodo original de vigencia de su distinción. Lo anterior, será aplicable una sola vez por periodo.

En general, la norma restringe el reconocimiento de la condición específica del ser mujer al embarazo (Didou, S. y E. Gérard, 2010). Si bien esta medida ha permitido un incremento en el tiempo de vigencia del apoyo y que varias científicas se mantengan activas en la investigación (Álvarez, J., 2012), también ha resultado ser una disposición insuficiente que no contempla en una justa dimensión las necesidades de las mujeres durante la etapa de gestación y primeros años de vida de su prole. Cabe resaltar que a fin de poder acceder a este beneficio, el periodo de renovación de la membresía debe coincidir con el año de nacimiento de la nueva vida, de no ser así, se dificulta el obtener la prórroga (Ayala, A., 2004). Este logro es significativo aunque limitativo, en el sentido de que otorga apoyos exclusivos para mujeres bajo una condición de madres (Ruiz, R., 2012), lo cual no nos habla de una política real de conciliación trabajo-familia que tome en cuenta determinantes de género en dos planos: las relaciones cercanas —familia— y el aparato institucional científico —el espacio laboral—.

La orientación y el procedimiento metodológico

La metodología adoptada ubica al profesorado que se dedica a la ciencia en el plano de sus propias experiencias, comprendiendo que éstas son flexibles y pueden referirse a lo ordinario y a lo reflexivo; mucho de la vida se encuentra

reunido en expresiones, en las palabras; por tanto, la orientación de este trabajo se fundamenta en una investigación cualitativa que intenta comprender la subjetividad, las interacciones y los significados mediante la interpretación de las narrativas (Álvarez-Gayou, J., 2004). Edward M. Bruner (1986) plantea que la antropología de la experiencia se enfoca en las narrativas como construcciones sociales, las cuales organizan y dan significado a la experiencia individual. Tales estructuras sirven como guías de interpretación que incluyen pensamientos, deseos, sentimientos, disposiciones. La experiencia se vive, se narra, se comparte y se reflexiona.

Esta innovadora mirada antropológica que sitúa a la agencia humana en la comprensión y construcción de toda vida social (Díaz, R., 1997) resultó, como punto de partida metodológico, un apoyo adecuado para extraer las narraciones de las experiencias personales de las mujeres y los hombres dedicados a la ciencia. Esta posición junto con el enfoque de las relaciones de género que sintetiza sus pretensiones en “esclarecer cómo el género está operando para determinar la organización social y las conductas y creencias de las personas... [y] ... entender lo social, las desigualdades y las diferencias partiendo del análisis de las relaciones que se generan entre hombres y mujeres y las consecuencias que éstas producen tanto de carácter mediato como inmediato” (Martínez, M. y C. Paterna, 2009:23), logran una orientación metodológica interesada en los sujetos y en sus propias vivencias.

En este trabajo de investigación utilizamos dos tipos de instrumentos (cuadro 1). El primero fue una Cédula de Registro que permitió la concentración de datos personales y de la actividad profesional del profesorado científico. El criterio de inclusión de cada participante se basó en que en el momento del trabajo de campo contara con reconocimiento vigente por parte del SNI. Participaron 25 investigadores e investigadoras —de un total de 62— con nombramiento del SNI hasta el año 2011; tal proporción representó 40.3 por ciento del universo total de científicos y científicas de la UATx. La cédula permitió delinear un perfil del profesorado de la UATx reconocido por el SNI.

Cuadro 1. Profesorado participante en la investigación según instrumento aplicado

Instrumento	Hombres	Mujeres	Total
Cédula de Registro	11	14	25
Entrevista Temática -narrativas-	2	4	6

Fuente: Trabajo de campo. Elaboración de las autoras.

El segundo instrumento fue una Entrevista Temática Grabada —narrativas— dirigida a profundizar las dificultades que enfrentan y las estrategias por las que optan las mujeres y hombres de ciencia de esta universidad para equilibrar la vida familiar con la vida científica, ello ante la demanda de los parámetros de productividad requerida por el SNI. Particularmente, mostramos interés por las estrategias personales para hacer frente a las cargas a fin de cumplir estándares de prestigio para la ciencia y la responsabilidad del hogar. La selección del profesorado investigador consideró la disposición individual para participar, poniendo énfasis en investigadores e investigadores que tuvieran un posicionamiento competitivo en la producción científica. La colaboración del profesorado fue voluntaria. Para resguardar su integridad, en las narrativas se utilizan seudónimos.

Para el manejo de los datos, las entrevistas grabadas se transcribieron y para su análisis —dado que el número de participantes no fue numeroso— se decidió concentrar la información siguiendo el guión temático contenido en la guía de entrevista, lo que permitió la visualización según indicador de las narrativas —los datos—. Esta misma estructura es utilizada para la exposición de los hallazgos.

El contexto del estudio. El estado de Tlaxcala, México

El estado de Tlaxcala cuenta con 1 millón 169 mil 936 habitantes. La población con 18 años y más con estudios de posgrado alcanza la cifra de 5 mil 938 habitantes, número que representa 0.51 por ciento del total nacional —897 millones 587 mil—. En comparación, el estado de Colima, caracterizado por dimensiones territoriales similares a las de Tlaxcala y con un número de habitantes incluso menor, tiene un registro mayor de pobladores con estudios de posgrado. Esto podría sugerir que el tamaño de la población no está relacionado directamente con la población con estudios de posgrado. Más bien, es posible que la definición de una política pública científica y la presencia de programas de posgrado ubicados en cada estado —la oferta de estudios educativos—, la conformación de centros y de grupos de investigación sean, entre otros elementos, también importantes para la formación de recursos humanos científicos. Algunos estados como Nuevo León y el Distrito Federal registran los porcentajes más altos de personas con posgrado: 1.22 y 1.94, respectivamente.

Tlaxcala en el año 2011 registró 10 programas educativos de posgrado en el Programa Nacional de Posgrados de Calidad (PNPC) del Conacyt. La UATx concentra cinco; el Instituto Tecnológico de Apizaco (ITA), dos; el Colegio de Tlaxcala (Coltla), dos; y el Instituto Politécnico Nacional (IPN), uno. El registro total de personal científico es de 103: 38 mujeres —37 por ciento— y 65 hombres —63 por ciento—; cifras relacionadas con información nacional

Cuadro 2. Profesorado reconocido por el SNI en Tlaxcala (2011)

Profesorado	Hombres		Mujeres		Total
	Absolutos	%	Absolutos	%	
Adscrito a la UATx	38	61	24	39	62
Adscrito a otras instituciones en el estado	27	66	14	34	41
Total estatal	65	63	38	37	103

Fuente: Trabajo de campo. Elaboración de las autoras.

indican cuatro puntos porcentuales mayores para las mujeres, sin embargo, su participación sigue siendo menor en comparación a los varones (cuadro 2). Cabe destacar que Tlaxcala se encuentra en los ocho últimos lugares entre el resto de entidades federativas con profesorado reconocido por el SNI.

En 2011, en la UATx estaban registrados 62 investigadores e investigadoras con reconocimiento del SNI: 38 hombres y 24 mujeres, lo que representa una proporción a nivel estatal de 62 por ciento.

La población estudiada

Divididos por sexo, la población estudiada corresponde a 14 investigadoras —56 por ciento— y 11 investigadores —44 por ciento—, con un promedio de edad de 41.5 años para las mujeres y de 43 años para los varones. En cuanto al estado civil, 15 respondieron tener una relación de pareja y 10 dijeron estar solteros. La mayoría de las mujeres están unidas —nueve de 15—, mientras proporciones similares entre hombres y mujeres —cinco y cinco— respondieron no mantener relación de pareja. El promedio de hijos e hijas entre el profesorado investigador fue de 2.15. Respecto a la categoría laboral, 12 tenían contratación como académicos de carrera asociados, donde las mujeres fueron mayoría —nueve de 12—, mientras que 13 contaban con la modalidad de académicos de carrera titulares, si bien aquí preferentemente fueron varones —ocho de 13—; es importante remarcar que de las cinco mujeres con titularidad, solamente en un caso es titularidad A, que corresponde a la máxima categoría laboral de contratación en la UATx.

Entre los investigadores y las investigadoras con mayor competitividad —según número de productos registrados— se encuentran un varón de 39

años, casado y con nivel I; una mujer de 45 años, soltera, con estudios de posgrado en una universidad extranjera, ocupando el nivel II. Los últimos lugares corresponden a mujeres con nivel de candidatura, casadas. En cuanto al nivel que ocupa el profesorado participante en esta investigación —25—, el nivel II es representado en proporciones similares —una mujer y un varón—; el nivel I, de mayor cobertura, lo representan principalmente los hombres —nueve de 16—; mientras que en el nivel de candidatura predominan las mujeres —seis de siete—. (Recordemos que este último se otorga a quienes aspiran a afianzar su carrera en la investigación, que en estos casos los estímulos otorgados por el SNI son menores y se considera la edad como un elemento importante, aun cuando, según reglamento, este criterio no debería ser determinante para la admisión.) En concreto, los datos indican que además de una proporción mayor de varones incorporados al SNI —según registros a nivel nacional, estatal y en la UATx—, también son ellos quienes en comparación con las mujeres se ubican en mejores posiciones.

Los hallazgos a través de las narrativas

En este apartado recurrimos a la narrativa del profesorado participante en la investigación para exponer los hallazgos que muestran que la construcción social de género y el ejercicio de la maternidad son barreras que limitan a las científicas en su desarrollo profesional y las colocan en una balanza tambaleante, bastante distinta a la posición de los científicos. Frente a estas circunstancias, las mujeres tendrán que recurrir a estrategias riesgosas para su salud física/emocional a fin de intentar sostenerse firmemente, intentando un equilibrio entre las necesidades personales —el hogar— y las demandas profesionales —la ciencia—.

Aprietos y nudos entre “la casa y la ciencia”

¿Cuesta igual a hombres y mujeres formar parte de los recursos humanos de alta calidad para la ciencia? Las respuestas fueron claras: “sí, a las mujeres nos cuesta más” y el camino es más difícil. Por un lado, se encuentran limitaciones en el plano familiar, y por otro, en el plano institucional; en ambos casos aquéllas se encuentran permeadas de una visión patriarcal con marcas de identidad y diferenciación según género (Morgade, G., 2011). Una de las investigadoras opinó que la participación de las mujeres en la actividad científica puede catalogarse como “una competencia desleal”, según sus palabras:

Como parte de una academia de posgrado creo que el trato es un poco severo, porque se espera que una como mujer rinda y dé producto en cuanto a número y calidad al igual que al compañero del género masculino, [y] veo que los roles son totalmente diferentes. El 60 por ciento de su tiempo libre [de los hombres] lo destinan a la investigación, no tienen interrupciones familiares durante el día,

llegan a casa, pueden dedicarse con un plus a sus actividades, y eso siento que, hasta cierto punto, es una competencia desleal, no hacemos los mismos roles ni las mismas actividades. Creo que es importante cambiar nuestra cultura, no nos ven [a las mujeres] como el sustento primordial de la familia, podemos hacerlo, tenemos doble jornada laboral, una nada remunerada, y en ocasiones la otra mal pagada, aunque pertenezco al SNI y al Promep [Programa para el Mejoramiento del Profesorado] la institución no me reconoce, ya que no tengo una categoría adecuada a mi formación profesional.

Doctora Rosa, 36 años, casada, tres dependientes económicos, SNI-C.

La carrera científica conduce a una competencia negativa más para unas que para otros, aparentemente basada en principios de igualdad legal o normativa entre individuos —hombres y mujeres tenemos los mismos derechos—, sin embargo, no se cuenta con las mismas circunstancias o condiciones —contextos socioculturales— para ejercerlos y hacerlos valer. Esta investigadora puntualiza de manera acertada “trato severo” obligado para ambos géneros, sin considerar que la dedicación a la ciencia, a producir y generar conocimientos prodigiosos requiere tiempo suficiente para la investigación; la escritura necesita no tener ningún tipo de interrupciones —mentales particularmente— que entorpezcan las ideas, y la coherencia en la redacción de éstas no puede tener éxito en tanto el pensamiento “se encuentre en otro lado”. Además, si a estas atribuciones sociales estereotipadas de feminidad y masculinidad agregamos que en el plano institucional, en muchas ocasiones, las mujeres no son apoyadas ni reconocidas, la mayoría de las veces ocupan las carteras laborales de niveles inferiores y en muchos casos reciben salarios con menor remuneración; entonces la norma jurídica de “a trabajo igual, salario igual” no aplica.

Otros testimonios indican que los costos diferenciados según género también pueden estar determinados por los espacios laborales donde cada individuo se desarrolla profesionalmente. Al respecto una investigadora comentó:

Pienso que sí se obstaculiza el desarrollo de las mujeres en la esfera académica, pero sí lo logras... Aunque el esfuerzo que haces es mayor, tienes que contenerte de muchas formas, tienes que negociar desde una posición que no es de privilegio, desde una posición [en] que no te toman en cuenta, te oyen pero las decisiones siguen siendo básicamente entre los hombres y te estoy hablando no sólo de funcionarios sino de colegas porque así es. Ojalá México fuera todo muy homogéneo y parejo a nivel académico, pero eso no es cierto, veo diferencias fundamentales entre la UNAM [Universidad Nacional Autónoma de México] que es para la que trabajo, quien me

paga, para la Universidad Veracruzana que es desde donde vengo y que ha tenido avances notables desde esta riqueza cultural que tiene Veracruz y la Universidad de Tlaxcala donde básicamente vivo y me desarrollo, y en donde he desarrollado una carrera que a mi parecer, en muchos sentidos, es muy valiosa porque me ha permitido hacer un poco más que si me hubiera quedado en CU [Ciudad Universitaria] o en la misma Universidad Veracruzana... [...] Me parece que el tercer caso que lo complica es el desarrollo de la investigación en provincia. Cuando me comparo con mis colegas de la UNAM siento que aquí en provincia es muchísimo más difícil y sobre todo para las mujeres en una sociedad que ha sido machista como Tlaxcala, pero afortunadamente ya está cambiando.

Doctora Asunción, 54 años, unión libre, dos dependientes económicos, SNI-III.

Según se indica en esta narrativa, las mujeres tienen que “esforzarse más” que los varones y demostrar que son capaces de “hacer y crear ciencia” sin privilegios, y donde “los iguales” —ellos— son quienes toman las decisiones. Ciertamente, refiere la investigadora, los espacios institucionales definen para las científicas ámbitos de maniobra.

Ahora bien, mientras las científicas pueden distinguir que ambas dimensiones —el hogar y la ciencia— tienen peso importante y se interrelacionan para frenar o limitar su desarrollo profesional, los varones atribuyen de manera diferente la participación inequitativa de las mujeres y los motivos de tal desventaja. En primer lugar, ellos inculpan a los contextos externos al ámbito familiar, es decir, los espacios institucionales como lugares donde se marcan las diferencias:

Considero que son muchas razones, lo primero que creo es que tiene que ver con las áreas científicas que se desarrollan dentro de la institución, en las Ciencias Biológicas predominan las mujeres, en la Facultad de Derecho y la Facultad de Ingeniería creo que sucede lo contrario, predominan los hombres...

Doctor Carlos, 51 años, casado, tres dependientes económicos, SNI-I.

En segundo plano, la opinión masculina ubica a la dimensión de las relaciones de género como fuente de origen de las desigualdades; el testimonio demuestra una posición de privilegio masculino que atribuye a las mujeres —por determinación social y cultural y por naturaleza— como responsables directas de la familia y de la procreación/reproducción.

Segundo, creo que por razones históricas la mujer tiene a costas más obligaciones con relación a la atención de los hijos, obviamente si es

una mujer en edad reproductiva tiene que abandonar temporalmente sus actividades, creo que es más difícil y problemático para ellas mantenerse, ésas son dos razones importantes

Doctor Carlos, 51 años, casado, tres dependientes económicos, SNI-I.

Otro aspecto importante que se evidenció en este trabajo fue la discriminación o exclusión en áreas de investigación estereotipadas como masculinas, la cual representa un panorama latente que condiciona el desarrollo profesional de las científicas. Al respecto, una investigadora narró el camino recorrido para adherirse a un área científica tipificada como masculina:

Voy a hablar respecto a mi área que es la de las ciencias duras, ahí la demanda de las mujeres en el posgrado es baja, las líneas de investigación son poco atractivas para el género femenino, aún sigue siendo de mayor demanda para los varones. Mi decisión de inclinarme a la Ingeniería Química fue un reto ya que me decían: "las mujeres no tienen ni la capacidad ni la inteligencia para desarrollarse en esta área" y yo dije: "cómo no, claro que podemos y voy a demostrar que sí". En la licenciatura eran [en número] mayor los compañeros, en el doctorado se siguió reduciendo la representación del género femenino; el género masculino domina en ésta área, en la industria, generalmente en las áreas de proceso no encuentras a la mujer involucrada, fue difícil romper el estereotipo de "porqué una mujer me viene a mandar"...

Doctora Rosa, 36 años, casada, tres dependientes económicos, SNI-C.

Fanny Tabak (2005) distingue que las mujeres que destinan su carrera a la ciencia enfrentan dos tipos de aprietos: a) las dificultades externas que comprenden la rigidez de la comunidad científica como resultado del hecho de que los modelos adoptados son masculinos; la definición de criterios de evaluación que no consideran las necesidades específicas de las mujeres —ciclos de vida, ciclo reproductivo, ejercicio de la maternidad, crianza de infantes, apoyo para guarderías o para asistir a congresos internacionales—; y la dificultad para lograr posiciones jerárquicas más elevadas; y b) las dificultades internas que incluyen los conflictos para conciliar la carrera con la vida familiar en una sociedad patriarcal donde las tareas domésticas aún son consideradas responsabilidad exclusiva de las mujeres; el sentimiento de "culpa" por no dedicar más tiempo a la familia, en especial a hijas e hijos, debido a la especificidad del trabajo científico, que exige tiempo pleno; y una tendencia de las mujeres a la autodiscriminación, ya sea porque les falta agresividad o como consecuencia de su timidez construida.

Frente a estas dificultades, ¿las mujeres cuentan con posibilidades reales para el éxito científico? Los datos duros indican que las científicas universitarias tlaxcaltecas, si bien representan cuatro de cada 10 de los recursos humanos científicos, se ubican en la categoría del SNI como candidatas. Una perspectiva optimista indicaría que las científicas podrían ascender a los siguientes niveles, sin embargo, una situación realista fue enunciada así:

Yo he estado reflexionando al respecto, es complejo mantenerme en el Sistema [SNI] por el número de parámetros que hay que cumplir, pienso que lo más que puedo aspirar es al nivel I, no dispongo del tiempo suficiente para dirigir a estudiantes de posgrado, escribir artículos en revistas indexadas, asistir a congresos internacionales o de calidad, incluso, para proponer mis proyectos. Mi trabajo está dividido en cuatro rubros: gestión, tutorías, docencia e investigación, lo que más me quita tiempo es la docencia y la gestión. El tiempo que me queda efectivo para la investigación es ineficiente, me pesa el lado familiar... fue mi decisión formar una familia, pero de repente sí afecta mi desarrollo profesional, no puedo dar el nivel que quisiera, me pesa el descuido de mi familia, mis hijos son todavía pequeños.
Doctora Rosa, 36 años, casada, tres dependientes económicos, SNI-C.

El exceso de responsabilidades laborales en las universidades públicas en aras del cumplimiento de múltiples tareas, particularmente aquellas destinadas a la gestión y la enseñanza en aula —en muchas ocasiones con grupos numerosos— que precisa al profesorado cumplir con actividades como la revisión de trabajos; la aplicación de exámenes; la preparación de la clase y las múltiples tareas de gestión —reuniones de academia, ingreso de calificaciones, participación en convocatorias, etcétera—; entre otras, limitan el tiempo destinado a la labor investigativa y a la escritura, actividades que requieren altos niveles de concentración y dedicación, aún más cuando se requiere tener el control del proceso investigativo, al pasar por las diversas etapas por las que se encausa un proyecto —gabinete, trabajo de campo, sistematización de la información, redacción de informes, documentos normativos internos, artículos, ponencias, capítulos, libros, etcétera—.

La participación de las mujeres en actividades académicas que las obligan a ausentarse de sus hogares es un asunto no resuelto, particularmente si se cuenta con hijos o hijas de edades que aun requieren cuidados específicos. Angélica Evangelista, Rolando Tinoco y Esperanza Tuñón (2012: 19) mencionan que, en países asiáticos y africanos, los hombres se ausentaron en promedio dos semanas más que sus colegas femeninas. Para el caso mexicano, Emma Zapata y Elia Pérez afirman que en el caso que estudiaron:

[entre] los obstáculos que las científicas tienen para ejercer al mismo tiempo su profesión con la maternidad están la pérdida de oportunidades para salir al extranjero y mejorar su formación académica, gozar de los tres meses de incapacidad que otorga la ley por maternidad, sacrificar fines de semana para realizar trabajo de campo o de laboratorio, falta de tiempo y de energía, ya que conlleva mucho esfuerzo; considerable estrés, falta de comprensión por falta de sus jefes o autoridades superiores, falta de guarderías, falta de tiempo para hacer ejercicio y actividades de ocio y, principalmente, el trabajo extenuante (2012: 58).

Y sobre esa gran carga se soportan los deberes sociales de las mujeres: el ejercicio de la maternidad, la crianza y la educación de hijos e hijas, en concreto, la economía de cuidado familiar, es decir, la responsabilidad directa de las mujeres en las actividades, bienes y servicios necesarios para la reproducción cotidiana de todo el grupo familiar.

En relación al deseo de ascender de un nivel a otro dentro del SNI, otra científica precisó:

¿Quién no desea ir ascendiendo? Creo [que] todas, sin embargo, no depende sólo de una, sino de las condiciones de acceso al mismo Sistema [SNI]. Todos somos capaces, hombres y mujeres, pero para ascender a otros niveles, depende de un conjunto de situaciones que se determinan tanto en el ámbito laboral como el doméstico, no podemos abocarnos al ámbito laboral y académico, también tenemos que ver la otra parte: ¿cuánto nos resta de tiempo dedicarle a la etapa reproductiva? Para mí esto sí es importante.

Doctora Araceli, 42 años, casada, dos dependientes económicos, SNI-C.

Para permanecer y ascender de un nivel a otro y cumplir los mismos requerimientos que el SNI dicta, las investigadoras deben cargar en sus hombros tareas domésticas y demandas institucionales. Ambos testimonios refieren lo que Fanny Tabak (2005) engloba en los factores internos que condicionan la participación de las mujeres en la vida científica: la culpa femenina al “robar” tiempo que corresponden a hijos e hijas. En estos casos, el ejercicio de la maternidad fue una decisión tomada por propia voluntad, y, aún con esta decisión autónoma, la investigadora confirma: “pesa el descuido a la familia y a los pequeños” porque es “lo importante”.

Los casos de “éxito profesional femenino” están asociados con la postergación de la maternidad o el hecho de no ejercerla. Posponer la maternidad es vista como estrategia para mantenerse competitivamente en

el SNI. Una de las investigadoras narró que asumió la maternidad a edad no temprana y en su opinión esto le permitió posicionarse con mayor facilidad en el sistema:

Voluntariamente no postergué el embarazo, sí quería embarazarme sólo que no sucedía, y eso sí por las ocupaciones o porque quería estudiar una maestría o quería ir al extranjero a una estancia, no me atendí médicamente, es decir, no fui persiguiendo por qué razón no podía embarazarme. Yo sí quería embarazarme, pero no era lo máximo, no lo busqué deliberada y obsesivamente. Eso [no tener descendencia antes] en cierta forma favoreció el que no tuviera que invertir tiempo en crianza más tempranamente, favoreció para que pudiera desempeñarme con mayor concentración en mi labor profesional.

Doctora Asunción, 54 años, unión libre, 2 dependientes económicos, SNI-III.

La investigadora inició el ejercicio de la maternidad en el momento en que su carrera profesional estaba firmemente afianzada y consolidada. Antes de este hecho, ella pudo dedicar mayor tiempo a su desempeño en la vida científica y académica, y como bien lo dice, "concentrarse en su labor profesional".

Otra científica narró que el hecho de mantenerse soltera y no tener ninguna responsabilidad materna le ha permitido posicionarse de manera competitiva en la vida científica:

Eso es lógico, a los hombres se les tiene que hacer todo, si estuviera casada definitivamente no podría permanecer en la investigación, la cultura que se vive en México es muy machista, y [vuelve problemático] hasta decidir tener un hijo y dejarlo encargado para que después me reclame, [por eso] mejor no. Así estoy bien, salgo tarde del centro de investigación, en la mañana me despierto tarde, voy a donde quiero, sin dar cuentas a nadie de lo que hago. Yo opté por no casarme y no dudo en que esa decisión me permita permanecer con competitividad en lo que requiere el SNI.

Doctora Magnolia, 45 años, soltera, sin dependientes económicos, SNI-II.

En el ámbito universitario tlaxcalteca, ambas científicas son reconocidas por sus amplias aportaciones a la investigación y la ciencia, y ocupan los más altos niveles del SNI. En otros trabajos se ha documentado que las personas que tienen hijos o hijas y viven en pareja dedican más horas a las tareas del hogar que quienes no los tienen y consagran menos horas a la universidad; en contraste, quienes dedican más tiempo a la ciencia son

aquellas que viven solas o con otras personas (Tomás, M. y C. Guillamón, 2009). En un estudio para el caso de Argentina se encontró que las mujeres que alcanzaron los niveles más altos en el sistema científico no formaron una familia (Franchi et al., 2008 citados en Evangelista, A., R. Tinoco y E. Tuñón, 2012). Contrario a aquellas investigadoras que han postergado la maternidad o simplemente deciden no ser madres, las mujeres que eligen el ejercicio de la maternidad enfrentan procesos de desgaste físico y emocional durante sus embarazos que merman sus capacidades intelectuales:

Cuando obtuve el grado ya tenía a mi hija, pasaron cuatro años para volver a embarazarme de mi segundo hijo, previo a ese segundo embarazo traía un ritmo de trabajo que podía sobrellevar; después de que nace mi hijo, físicamente sentí que me fui cuesta abajo, al igual que intelectualmente; demanda mucho tiempo tener un hijo: desvelo, la parte física y emocional; me costó mucho trabajo sacar mi producción en esa etapa, intelectualmente sentí más arrastre en esa parte de mi vida.

Doctora Rosa, 36 años, casada, tres dependientes económicos, SNI-C.

La crianza de un hijo o hija atrapa tiempos y vida en las mujeres: temporalmente las aísla del mundo exterior y nulifica transitoriamente sus capacidades intelectuales y físicas. La maternidad cimentada en mitos de “amor y dulzura” sólo encuentra cabida en voces que no han experimentado prolongadas veladas nocturnas y fatigas diarias de agotamiento y cansancio por esta causa. Al respecto un científico expresó:

Es algo maravilloso lo de la maternidad y uno como padre lo valora mucho, al ver que la esposa tiene un hijo propio, pienso que las mamás investigadoras tienen ese derecho de llevar a cabo su periodo de gestación y que se lo den, aunque se dedican más de siete meses a seguir trabajando, es un reconocimiento muy noble y bueno considerar que su productividad no puede ser la misma por su periodo de embarazo.

Doctor Antonio, 39 años, casado, dos dependientes económicos, SNI-I.

La precedente narrativa masculina mitifica la maternidad; su valoración radica en la reproducción genética de un ser y se ocultan los malestares femeninos provocados: desvelos, agotamiento físico y emocional, depresión, bajos niveles de concentración, decaimiento intelectual, irritabilidad, entre otros. Todos esos factores propician una disminución en el rendimiento de la capacidad intelectual y creativa plena, elementos indispensables para dedicarse a la ciencia y la investigación. Las mujeres/madres no deben ser

vistas como discapacitadas, como tampoco debería continuar manteniéndose una visión esencialista sobre el embarazo y el ejercicio de la maternidad.

Las situaciones de estrés entre el profesorado dedicado a la investigación pueden provocar síntomas asociados al llamado síndrome de burnout o de agotamiento, padecimiento que si bien no es exclusivo de mujeres paridoras es posible que las afectaciones sean mayores entre ellas. En un estudio sobre este malestar a una muestra de 109 integrantes del SNI, se observó que 19 por ciento respondió sentirse afectado por este trastorno (Evangelista, A., R. Tinoco y E. Tuñón, 2012). Es necesario continuar investigando acerca de los estados emocionales de quienes participan en la producción científica; precisamente Elisa Cerros y María Elena Ramos (2009) reflexionan acerca de las emociones que experimentan mujeres académicas de alto rendimiento frente a las demandas y las exigencias que la doble presencia —trabajo-familia— les genera en función de los discursos de género. Las autoras destacan que, además del género, las emociones estarán en función de otros factores: el ciclo de vida y la estructura y dinámica familiar.

Resistir la balanza entre “la casa y la ciencia”

¿Cuáles son o deberían ser los caminos alternativos para que las científicas no se sintieran fragmentadas/divididas entre sus intereses personales y sus inquietudes profesionales? El ejercicio de la maternidad y la paternidad corresponsables para el cumplimiento de obligaciones en el ámbito familiar indiscutiblemente tiene peso en la balanza entre la vida personal y la vida científica de las mujeres dedicadas a la ciencia y la investigación. Una científica narró:

Sí, [recibo apoyo] claro, pero no al grado que quisiera, lo demando, no es una convicción para él [esposo], no soy la supermujer para desarrollar todos los roles en un día. No soy del estado de Tlaxcala, no tengo familiares que nos apoyen en el cuidado de los hijos, el cuidado de los hijos va compartido. Yo le tengo que decir a mi marido que me ayude, a él no le complace mucho estar con los niños toda la tarde.

Doctora Rosa, 36 años, casada, tres dependientes económicos, SNI-C.

Contar con una pareja corresponsable que no sólo “ayude” a las tareas del hogar y la familia —todos ensuciamos trastos o nos alimentamos— podría adoptarse como un sendero hacia un camino más justo para las científicas; lo contrario sólo redundaría en creer que las mujeres son heroínas invencibles, “buenas mujeres, sobre todo madres” y que “la ayuda” es un acto solidario masculino a una obligación que por naturaleza y compromiso social —el matrimonio— corresponde a las mujeres. Sobre ello un científico opinó:

Creo que no es un impedimento como tal, pero para las mujeres que atienden a sus familias es más difícil. Esas situaciones van cambiando, las mujeres van teniendo más oportunidades, se empieza a compartir actividades con el hombre. La mujer se hace a un lado de estas actividades, ya sea pagando a quien le ayude o simplemente muchas mujeres no buscan el matrimonio, saben perfectamente qué es lo que quieren; hay compañeras que han optado de lleno por la carrera científica o son mujeres que comparten las obligaciones del hogar con los esposos. Sigue siendo algo que dificulta, no es lo mismo tener que preocuparse por uno solo que ver por la familia. En el caso de algunas compañeras que tienen una relación con sus parejas, he notado que llegan a acuerdos y ellas muchas veces trabajan al parejo y hasta a veces más que nosotros mismos, claro, tienen compromisos adicionales más fuertes con la familia, sobre todo con la cuestión de los hijos, pero eso no les impide, pero se les hace más difícil.

Doctor Carlos, 51 años, casado, tres dependientes económicos, SNI-I.

Frente a estas circunstancias nada favorecedoras para las mujeres, ellas tienen que buscar mecanismos que permitan el equilibrio entre un espacio y otro. Sin embargo, casi siempre, la balanza se inclinará a un costado y ello trae costos significativos para la vida femenina:

Por una parte, hay varios puntos que se deben definir: la decisión de formar una familia, tuve la fortuna de decidir tener un compañero e hijos; y por otro lado, los roles que culturalmente se nos han asignado. En mi caso sí he tomado ciertas estrategias para atender a mis hijos, sobre todo el más chico, es muy demandante, todavía está en la etapa de pañales. Como mujer sí he tenido que implementar estrategias que sí han mermado en un desgaste físico, porque levantarse a las dos y tres de la mañana para hacer lo que en el día no puedes hacer, porque tienes que atender ciertas tareas de los niños, llevarlos a sus actividades y esto no quiere decir que mi compañero no lo hace, sí lo hace pero no lo hace [a] diario. Otro punto que me parece importante son estos roles que tenemos asignados culturalmente, que si bien mi marido ha entrado en esta dinámica de compartir actividades, aún hay otras que no las deja completamente, las que trae de cómo ha vivido cuando era soltero, pero ya se ha dado cuenta de que no hay de otra o le entra él también o no salen las cosas.

Doctora Araceli, 42 años, casada, dos dependientes económicos SNI-C.

Como lo precisa esta investigadora, su decisión de formar una familia no viene situada con una corresponsabilidad plena por parte de su pareja.

Tal situación la ha obligado a buscar tácticas arriesgadas para resistir el lazo tambaleante entre la casa y la ciencia: disminución de horas destinadas a descansar, tensiones, prisas, entre otras, que en corto o largo plazo podrían acarrear afectaciones a su salud física y mental —estrés, agotamiento físico, desajustes emocionales—, y en muchos casos colocan en riesgo su calidad de vida. Situación muy parecida es reafirmada por otra investigadora:

Las estrategias son hasta cierto punto riesgosas, no cuento con apoyo de servicio en casa, la parte económica no lo permite, me tengo que levantar muy temprano para dejar preparados a mis hijos para la escuela y cumplir con mi horario laboral. Al regresar a la casa tengo trabajo, pendientes que me llevo a casa y en las noches dispongo del tiempo que debo destinar para estar durmiendo para calificar exámenes, elaborar artículos o memorias. Yo dispongo de sueño como cinco a seis horas diarias. Las mujeres somos competentes, pero nos partimos en mil fragmentos, lo vemos reflejado en la salud, he tenido compañeras que han tenido microinfartos por querer cubrir todos los aspectos.

Doctora Rosa, 36 años, casada, tres dependientes económicos, SNI-C.

Gilda Olinto (2005) encontró que en Brasil las científicas optan por recurrir a alternativas para “cumplir bien” su papel como madres/esposas a través de la contratación de servicio doméstico asalariado o para el cuidado de infantes. Sin embargo, entre las entrevistadas de este estudio, no en todos los casos ello es posible: las premuras económicas obligan a las mujeres a ocuparse directamente de las tareas domésticas y, en consecuencia, a reducir tiempo dedicado para su actividad profesional. Por su parte, los colegas masculinos vivencian de manera diferente el acoplamiento entre las responsabilidades de la esfera doméstica con la competitividad de la esfera científica:

Soy separado, por un tiempo tuve una relación de matrimonio, y también [sic] el estar soltero no implica que uno no tenga compromisos familiares, con los padres, incluso con las nietas, hay que dedicar cierta parte del tiempo a esas actividades, obviamente no tengo el compromiso directo con los hijos, pero el no tener en este momento ese compromiso tan directo evidentemente se puede invertir más tiempo, incluyendo sábados, domingos y días festivos.

Doctor Carlos, 51 años, casado, tres dependientes económicos, SNI-I.

No tener bajo su cargo “el compromiso directo de los hijos” y otros “compromisos familiares” significa para los hombres gozar de mayor tiempo

para sí. Mientras las mujeres recurren a estrategias complejas y riesgosas que les permitan conciliar la vida doméstica y su permanencia en el escenario científico, los varones disfrutan de permisión social y cultural para contar con mayor tiempo de ocio, tiempo que pueden dedicar sin remordimiento o pesar a la construcción de ideas y conocimiento científico. Rita Vázquez (2010) señala que para las mujeres, el tiempo es el recurso más escaso: ellas cuentan con menos tiempo para recrearse y descansar, lo que a su vez implica un riesgo para su salud física y psicológica. Las mujeres dedicadas a la ciencia y la investigación no escapan a tales situaciones. El peso social enmarcado en una sociedad patriarcal configura estereotipos socioculturales. Así, las científicas recurren a estrategias de administración del tiempo para mantener un nivel de producción científica según los estándares institucionales establecidos, que directamente conllevan algunas afectaciones evidentes en su salud física, emocional y afectiva.

A diferencia de las científicas, los científicos confirman contar con mayor tiempo para destinarlo a la ciencia y la investigación; las estrategias de distribución del tiempo entre la esfera doméstica y científica son totalmente diferentes.

Calculo que estando en el laboratorio ocho horas al día para atender a los estudiantes y la gestión académica es suficiente, sin embargo, sí le dedico más tiempo, llevo trabajo a casa, pero primero llego a cenar juntos, posteriormente de que mis hijos ya disfrutaron de mi presencia, cuando ellos se van a dormir, tomo la computadora dos o tres horas en la noche para sacar el trabajo pendiente, por lo tanto, no tan sólo es el trabajo en el laboratorio, sacrifico horas de sueño, pero sé que voy a cumplir con los objetivos establecidos y generalmente trato de priorizar, es decir, darle tiempo al tiempo.

Doctor Antonio, 39 años, casado, dos dependientes económicos, SNI-I.

Las respuestas que científicas y científicos dan a las labores domésticas son distintas: hombres y mujeres ciertamente sacrifican horas de sueño, sin embargo, los relatos de los primeros no hablan de llegar de trabajar para preparar alimentos, sino de “llegar a cenar”; no hablan de tener que revisar tareas escolares, de llevar y traer hijos e hijas de una actividad a otra, ni de disfrutarlos, más bien son ellos o ellas quienes disfrutan “al padre”; en tanto, las mujeres/madres sí disfrutan, se emocionan y conmueven de los logros o tristezas de sus pequeños y pequeñas.

En mi caso, le puedo comentar, si mi esposa va a llegar a determinada hora y veo que no ha preparado la comida, le ayudo a comprar algo, sino hay tiempo para planchar, plancho; sin embargo, el tiempo que

le pueda dedicar a esas labores no se compara con el tiempo que le puede dedicar ella, no sé hasta donde sea machismo o cultura o sea parte de la organización interna de la familia.

Este varón justifica que él dedica menos tiempo a las labores domésticas por razones culturales/machistas o por una buena "organización familiar". Si bien el investigador refiere involucrarse en determinadas tareas domésticas, aún no logra un compromiso y corresponsabilidad total para compartir el trabajo del hogar, y se disculpa argumentando no saber con certeza porqué a las mujeres les corresponde el trabajo de casa. Los científicos tienen más tiempo para desarrollar sus actividades profesionales, extraído de restar tiempo dedicado a las actividades domésticas, en tanto que las mujeres suman tiempo para la vida científica, extraído de "robar" tiempo al hogar y la familia, y vivir con pesar y culpa por esta razón. Al respecto, Emma Zapata y Elia Pérez (2012: 60) precisan: "Ser madre y ser científica a la vez tiene un alto costo, pues a ellas se les duplica el trabajo y se les responsabiliza mucho más que a los hombres sobre la crianza, cuidado y educación de hijos e hijas, independientemente de sus cargos, procesos de formación, responsabilidades laborales, etcétera".

La desigualdad entre los géneros no radica exclusivamente en el tiempo destinado, sino en la obligación "para las mujeres del hogar" como un asunto cultural, donde las mujeres son "felices" cumpliendo estas obligaciones.

Siento que las mujeres son muy capaces, muy inteligentes, he tenido o conozco mujeres brillantes que me han enseñado mucho académica y científicamente, realmente hay que destacar que a nivel de género son tan capaces los hombres como las mujeres, desafortunadamente la cultura en la cual nos encontramos, parece ser que limita a las mujeres, ya que están a cargo de otras actividades que demandan más tiempo en el hogar que a un varón. Le seré sincero, me involucro con mis hijos, participo con ellos, en las actividades domésticas mi esposa se hace cargo, le reconozco su trabajo porque tiene que ver la casa, la atención al marido, la atención de los hijos y aparte su empleo, ella es feliz porque se desenvuelve en lo que le gusta y tiene obligaciones que las desarrolla muy bien, entonces el tiempo que ella le dedica a esas actividades pudieran ser aprovechadas para otra cosa. Las mujeres que están en la ciencia no tienen el mismo tiempo que tiene un varón ya sea casado o soltero. Las posibilidades que se desarrollen son las mismas, pero tendrían que equilibrar muy bien su tiempo, donde su mayor apoyo podría ser su esposo.

Doctor Antonio, 39 años, casado, dos dependientes económicos, SNI-I.

Los varones señalan contar con mayor tiempo para la ciencia y en ellos está decidir cuánto dedican a sus hijos e hijas; a diferencia de las investigadoras, que tienen como obligación dictada por los roles de género “el atender” el cuidado del hogar, de hijos e hijas, del marido y de todo aquello que se acumule, destinando menos tiempo a las labores de la ciencia y la academia. La construcción social del género otorga por “naturaleza habilidades femeninas” que son acordes para el ejercicio de la maternidad: paciencia, dedicación, ternura, apoyo. Como estas habilidades no son consideradas culturalmente como aptitudes masculinas, los hombres son incapaces de responsabilizarse del “quehacer de la casa”, el cuidado de pequeños y pequeñas es ajeno a aquello “propio de los hombres”, y al cabo ellos “apoyan circunstancialmente”, sin corresponsabilizarse. Esta misma construcción relaciona “lo masculino” alrededor de la virilidad, la perfección, la eficacia, la condición de competitivo, el intelecto, el saber, el poder, la solvencia económica y la capacidad resolutive en el ámbito público (Fernández, L., 2005).

Equilibrar la balanza: “casa-ciencia”

¿Cuáles son los retos principales a vencer? Indiscutiblemente, el ejercicio de la maternidad y la paternidad corresponsables disminuiría las desventajas a las que se enfrentan las mujeres en la ciencia, y ello sólo podrá efectuarse en tanto los hombres se comprometan a hacerse cargo en paridad de las labores domésticas y del hogar, del cuidado de hijos e hijas y de su propia existencia. Un investigador reconoce la necesidad de un equilibrio emocional para mantenerse de manera competitiva en su vida profesional, al cual accede con el trato con sus hijos e hijas y con su familia:

Para llegar a un equilibrio emocional, lo logro en los tiempos y la dedicación que le pueda dar a mis hijos, es común que tengan eventos en la escuela y que uno no pueda asistir a ellos, o que tienen logros importantes y uno no está, entonces se van desmoralizando, hay que fortalecerles su autoestima, indicarles que uno está presente para apoyarlos; en lo que cabe me he dado la oportunidad de un pequeño tiempo, si no puedo estar durante las dos horas que dura un evento en la escuela, me escapo para estar unos minutos con ellos. Eso ha ayudado a que se den confianza y a mí me den fortaleza para seguir adelante y ya no reprochan por no estar, dedicarles tiempo para llevarlos al parque, al cine, a nadar, el sábado y domingo casi siempre lo tengo disponible para ellos, sin embargo, las noches de los sábados y domingos es cuando reviso los reportes de los estudiantes. Trato de estar con mis hijos cuando están activos, después de que ya demandaron la presencia de su padre, por las noches ya le dedico tiempo a la academia, en ocasiones cuando llego temprano a la casa, ellos ya saben que voy a llegar a escribir y más tarde a salir con ellos.
Doctor Antonio, 39 años, casado, dos dependientes económicos, SNI-I.

El perfil de este investigador comienza a ser parte de las nuevas representaciones de las masculinidades. En estos rostros emergentes lo afectivo/lo emocional no está separado del hombre, como ocurre en la cultura machista. Más aún: se nota que el desarrollo de las emociones positivas en la conformación de la familia propicia mayor productividad en la esfera pública. Si bien este imaginario del varón como proveedor económico de la familia, distante de lazos afectivos, es paulatinamente más lejano, aún falta que los hombres se comprometan y participen en las labores domésticas, reconociendo que el hogar y el cuidado de la familia no son asuntos única y exclusivamente de las mujeres.

Por otra parte, el embarazo, la procreación y el ejercicio de la maternidad en su concepto amplio han sido poco explorados como motivación biológica, pero seguramente podrían considerarse elementos estimulantes "para salir adelante", según lo dijo una investigadora: "[la maternidad trae] una motivación biológica muy fuerte que te lleva a buscar esa otra satisfacción personal"; sin embargo, creemos que esta estimulación biológica no debe conducir a las mujeres a adoptar modelos de heroínas y que socialmente se crea que esos cuerpos —mental y físicamente— son incapaces de decaer. El mito de la "buena madre" es sólo eso, un mito, y la maternidad se debe vivenciar sin culpas.

Otro de los retos a los que las mujeres se enfrentan es el establecimiento de redes de confianza y de solidaridad en los grupos de trabajo. María Zúñiga y Elisa Cerros (2013) exploran las dificultades, en los ámbitos formal e informal, que enfrentan las mujeres científicas reconocidas por SNI con los superiores y sus pares. Enfatizan que la principal estrategia utilizada por las mujeres para afrontar los problemas se basó en la constitución de redes sociales de apoyo. En este estudio, reconocemos que el apoyo en el plano institucional es fundamental para encumbrar el trabajo científico de las mujeres, pero también lo debe ser el establecimiento de relaciones sororales en una dimensión personal/institucional. En referencia a ello una investigadora indicó:

Había visto la solidaridad con mis estudios, en las comunidades, pero ahora con los críos o con mis "hijos", como les digo, estuvo tremenda, sin mi familia, mi mamá está en Xalapa, mi suegra tampoco vive en Tlaxcala, me quedé con mi otra familia, mi red de amigos y amigas que se acercaron y me explicaban y me ayudaban porque dos hijos son muchísimo trabajo, lloraba uno, lloraba el otro, mi marido y yo estuvimos encerrados, uno se encargó de uno y otro del otro y aprendiendo. Sí pudimos porque antes lo previmos, no digo que debe ser así, lo que sí digo es que sí se puede, pero además es que quizá de manera inconsciente le di mucho tiempo a la carrera, no me

desviví por tener hijos a temprana edad, tuve muchísima suerte.

Doctora Asunción, 54 años, unión libre, dos dependientes económicos,

La investigadora alude a actos de sororidad y a la consolidación de una red social muy importante. Esta experiencia indica que no siempre las relaciones entre mujeres deben catalogarse como conflictivas. Marcela Lagarde (2006) señala que la sororidad es un pacto que propicia confianza, el reconocimiento recíproco de autoridad, capital social y el apoyo mutuo. Los actos sororales conducen a la búsqueda de relaciones positivas y la alianza existencial y política para contribuir con acciones específicas a la eliminación social de todas las formas de opresión sobre las mujeres.

El equilibrio entre la vida académica/científica y el hogar también podría ocurrir si las normas institucionales establecen estrategias adecuadas y convenientes para favorecer el ejercicio de la maternidad. Recordemos que el reglamento del SNI sólo resguarda a las científicas durante el embarazo; sin embargo, no están protegidas durante el periodo posparto, ni en los meses de lactancia, ni en la crianza de los primeros años de vida del nuevo ser y sus implicaciones en la salud integral de las mujeres. En parte, esto corresponde a una visión de la maternidad como un “hecho natural/biológico” que no debería tener afectaciones sociales, pues al fin “todas las mujeres nacieron para ser madres”, olvidando con esta percepción que la elección y el ejercicio de la maternidad es un hecho que debe ser protegido también por el Estado.

Es necesario entonces revisar los mecanismos legales que otorgan beneficios a las mujeres que se encuentran en el periodo de maternidad y crianza temprana. La constitución de formas sensibles a la condición de género en los mecanismos de evaluación científica son centrales y urgentes (Blázquez, N. y J. Flores, 2005). En legislaciones de la Comunidad Europea existen ya reglamentaciones para integrar al varón en la corresponsabilidad del cuidado de hijos e hijas. Debemos continuar con la concientización social para que el ejercicio de la maternidad no sea visto como un hecho “natural”. La división sexual del trabajo, las labores domésticas y el cuidado de infantes no deben considerarse responsabilidades exclusivas de las mujeres; dichos prejuicios y estereotipos sociales sólo fomentan las injusticias a las que se les ha sometido por generaciones. La necesidad de infraestructura social que ayude a hacer compatible el trabajo y la familia (Evangelista, A., R. Tinoco y E. Tuñón, 2012) requiere del apoyo de las instituciones para el establecimiento de una política que favorezca acciones de cuidado a los hijos e hijas —guarderías— y otros tipos de servicios —comedores infantiles, ludotecas, actividades físicas y recreativas con costos accesibles, entre otros—. De esta forma indiscutiblemente se reduciría el desgaste de las mujeres en la dedicación que brindan a sus hogares y familias, y muy seguramente la “competencia desleal” podría volverse una carrera igualitaria y justa para las científicas

de la Universidad Autónoma de Tlaxcala, sin necesidad de enfrentarse a la disyuntiva de elegir entre "la casa y la ciencia" que sólo produce en su yo sentimientos de pesar y de culpa.

A manera de reflexión

En este trabajo nos propusimos identificar las dificultades que enfrenta y las estrategias por las que opta el profesorado reconocido por el SNI para conciliar la vida familiar con la vida científica; particularmente quisimos hacer hincapié en evidenciar que las mujeres, a diferencia de los hombres de ciencia, enfrentan mayores y complicados retos para armonizar estas esferas. La problemática se contextualiza en un estado pequeño de la república mexicana que registra los últimos lugares con profesorado reconocido por el SNI. En el caso estudiado, los hallazgos —a través de las narrativas— indican que la conciliación es un asunto que compromete a las mujeres y que no aparece ni como interrogante en la vida de los varones, por tanto, ellas son quienes tendrán que recurrir a estrategias que colocan en riesgo su salud física/emocional para sostenerse firmemente entre las necesidades personales —el hogar— y las demandas profesionales —la ciencia—.

Las evidencias precisan que la construcción sociocultural de género coloca a la maternidad y a la reproducción de la familia como responsabilidades exclusivas de las mujeres. Los compromisos sociales fundamentados en diferencias biológicas condicionan la participación de las científicas; además, se agrega como barrera en su desarrollo profesional la falta de reconocimiento en la institución, de la cual dependerá en las áreas de formación y de trabajo. Parece ser que la disyuntiva trabajo científico/vida familiar entre las mujeres sólo encuentra cabida en los casos de científicas exitosas que han postergado la maternidad o la han anulado. Ser científica no compagina con ser madre y se es madre o no se es mujer, y "estar dentro del Sistema y demostrar que se es mujer de ciencia" requiere el establecimiento de medidas y acciones tendientes a la promoción de la igualdad en el ejercicio laborioso de ser científica. En cualquier caso, las mujeres tendrán graves dificultades para cumplir de igual manera que los varones los estándares de productividad y trabajo exigidos por el SNI, y las posibilidades de permanecer o de ascender para ellas son prácticamente imposibles. Las voces de las entrevistadas demandan que los nuevos rostros de las masculinidades no sólo reconozcan el gran esfuerzo que ellas realizan para sostenerse y ganarse un espacio en la ciencia, sino que "en casa" los hombres se corresponsabilicen en las tareas del hogar y la familia. El plano institucional es fundamental para encumbrar el trabajo científico de las mujeres, pero también lo debe ser el establecimiento de relaciones sororales en una dimensión personal/institucional. De lo contrario, la balanza seguirá inclinándose más hacia un costado que hacia otro.

Bibliografía

Álvarez Gallegos, Jaime (2012). "Retos y perspectivas del Sistema Nacional de Investigadores", en Salvador Vega y León (coord.), *Sistema Nacional de Investigadores. Retos y Perspectivas de la Ciencia en México*, (pp. 105-118). México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Álvarez-Gayou Jurgenson, Juan Luis (2004). *Cómo hacer investigación cualitativa*. México: Paidós Educador.

Amorós, Celia (2000). *Tiempo de feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*. Madrid: Ediciones Cátedra (Grupo Anaya).

Ayala Rubio, Adriana (2004). "Las Académicas en el Sistema Nacional de Investigadores: Evolución, Problemática y Retos", ponencia presentada en el 4to Congreso Nacional y Tercero Internacional: Retos y Expectativas de la Universidad, Universidad de Coahuila.

Barral, María José, Carmen Magallón, Consuelo Miqueo y María Dolores Sánchez (eds.) (1999). *Interacciones ciencia y género. Discursos y prácticas científicas para mujeres*. Barcelona: Icaria Editorial.

Benhabib, Seyla (1990). *Teoría Feminista y Teoría Crítica*. Valencia: Ediciones Alfons El Magnànim.

Blázquez Graf, Norma y Javier Flores (2005). "Género y ciencia en América Latina. El caso de México", en Norma Blázquez Graf y Javier Flores (eds.), *Ciencia, Tecnología y Género en Iberoamérica*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Bonder, Gloria (2004). "Equidad de Género en Ciencia y Tecnología en América Latina: Bases y Proyecciones en la construcción de conocimientos, agendas e institucionalidades", Washington, en *Office of Science and Technology of the Organization of American States, Inter-American Commission of Women Gender Advisory Board UN Commission on Science and Technology of Development*. Disponible en: http://www.catunescomujer.org/catunesco_mujer/documents/GENDER_OAS-CIM-GBONDER.pdf

Bourdieu, Pierre (2003). *El oficio del científico*. Ciencia de la ciencia y reflexividad, Barcelona: Anagrama.

Bruner, Edward M. (1986). "Ethnography as Narrative", en Victor Turner y Edward M. Bruner, *The anthropology of experience*, (pp. 139-158). Board of Trustees of the University of Illinois.

Burin, Mabel (2008). "Las 'fronteras de cristal' en la carrera laboral de las mujeres. Género, subjetividad y globalización", *Anuario de Psicología*, abril, 39(1), pp. 1-17.

Bustelo, María y Eli Peterson (2005). "Conciliación y (des)igualdad. Una mirada debajo de la alfombra de las políticas de igualdad entre mujeres y hombres", *Revista de Desarrollo y Educación Popular. Hombres y mujeres: coeducación, primavera*, 7, pp. 32-37.

Cerros Rodríguez, Elisa y María Elena Ramos Tovar (2009). "Discurso de género y emociones en mujeres académicas de alto rendimiento", *Perspectivas Sociales*, primavera-otoño, 11(1 y 2), pp. 187-209.

Chavoya Peña, María Luisa (2002). "La exclusión del Sistema Nacional de Investigadores. Estudio de caso de la Universidad de Guadalajara", ponencia presentada en el *3er Congreso Nacional y 2do Internacional Retos y Expectativas de la Universidad*, Toluca, Estado de México.

Clair, Renée (ed.) (1996). *La formación científica de las mujeres ¿Por qué hay tan pocas científicas?* Madrid: Los Libros de la Catarata/Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, www.conacyt.gob.mx

Díaz Cruz, Rodrigo (1997) "La vivencia en circulación. Una introducción a la antropología de la experiencia", *Alteridades*, 7(13), pp. 5-15.

Didou Aupetit, Sylvie y Etienne Gérard (2010). *El Sistema Nacional de Investigadores, veinticinco años después. La comunidad científica, entre distinción e internacionalización*, México: Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior.

Evangelista García, Angélica, Rolando Tinoco Ojanguren y Esperanza Tuñón Pablos (2012). "Género y ciencia en México", *Ciencia. Revista de la Academia Mexicana de Ciencias. Ciencia y Género*, julio-septiembre, 63(3), pp. 8-15.

Fernández, Lourdes (2005). "Género y mujeres académicas: ¿hasta dónde la equidad?", en Norma Blázquez Graf y Javier Flores (eds.), *Ciencia, Tecnología y Género en Iberoamérica*, (pp. 331-352). México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Harding, Sandra (1996). *Ciencia y Feminismo*. Madrid: Morata.

Fox Keller, Evelyn (1989). *Reflexiones sobre Género y Ciencia*. Valencia: Ediciones Alfons el Magnánim.

Lagarde, Marcela (2006). "Pacto entre mujeres sororidad", ponencia en Madrid, 10 de octubre de 2006. Disponible en: http://webs.uvigo.es/pmayobre/textos/marcela_lagarde_y_de_los_rios/sororidad.pdf

Martínez Martínez, María del Carmen y Consuelo Paterna (2009). "La perspectiva de género aplicada a la conciliación", en María Del Carmen Martínez Martínez (coord.), *Género y conciliación de la vida familiar y laboral, un análisis psicosocial*, (pp. 17-44). España: Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones.

Morgade, Graciela (2011). *Toda educación es sexual*, Buenos Aires: La Crujía.

Nussbaum, Martha (2002). *Las mujeres y el desarrollo Humano*. El enfoque de las capacidades, Barcelona: Empresa Editorial Herder.

Olinto, Gilda (2005). "La inserción de las mujeres en la investigación científica y tecnológica de las mujeres en Brasil: indicios de transformación", en Norma Blázquez Graf y Javier Flores (eds.), *Ciencia, Tecnología y Género en Iberoamérica*, (pp. 213-226). México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Pérez Lanza, Cintia B. (2011). "Género y Ciencia- ¿Avances o retrocesos?", en *Contribuciones a las ciencias sociales*. Disponible en: <http://www.eumed.net/rev/cccss/12/cbpl.htm>

Royo Prieto, Raquel (2011). *Maternidad, paternidad y conciliación en la CAE. ¿Es el trabajo familiar un trabajo de las mujeres?*, Bilbao: Universidad de Deusto.

Ruiz Gutiérrez, Rosaura (2012). "El Sistema Nacional de Investigadores", en Salvador Vega y León (coord.), *Sistema Nacional de Investigadores. Retos y Perspectivas de la Ciencia en México*, (pp. 41-48). México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Russel, Jane Margaret (2003). "Indicadores de producción científica por género", Distrito Federal: Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, Universidad Nacional Autónoma de México. Disponible en: http://www.redhucyt.oas.org/RICYT/interior/normalizacion/III_bib/Rusell.pdf

Schiebinger, Londa (2004). *¿Tiene sexo la mente?*, Madrid: Ediciones Cátedra.

Tabak, Fanny (2005). "Cómo ampliar la masa crítica en Ciencia y Tecnología: La contribución de las mujeres", en Norma Blázquez Graf y Javier Flores (eds.), *Ciencia, Tecnología y Género en Iberoamérica*, (pp. 199-212). México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Tomás, Mariana y Cristina Guillamón (2009). "Las barreras y obstáculos en el acceso de las profesoras universitarias a los cargos de gestión académica", *Revista de Educación*, 350, pp. 253-275.

Vázquez Morales, Rita (2010). *Género y Posgrado*, México: Plaza y Valdés Editores.

Vianello, Mino y Elena Caramazza (2002). *Género, Espacio y Poder*, Madrid: Cátedra.

Villanova, Mercedes (comp.) (1994). *Pensar las diferencias*, Barcelona, Universitat de Barcelona, Seminario Interdisciplinar Mujeres y Sociedad.

Zapata Martelo, Emma y Elía Pérez Nasser (2012). "Hijas de tigre... pintitas: las científicas del Colegio de Postgraduados", *Ciencia. Revista de la Academia Mexicana de Ciencias. Ciencia y Género*, julio-septiembre, 63(3), pp. 54-61.

Zubieta G., Judith (2012). "Presentación. Ciencia y Género", *Ciencia. Revista de la Academia Mexicana de Ciencias. Ciencia y Género*, julio-septiembre, 63(3), pp. 6-7.

Zúñiga Coronado, María y Elisa Cerros Rodríguez (2013). "Entornos laborales agresivos y redes sociales. Un estudio con académicas de Universidades Estatales Mexicanas", en Aurelia Flores Hernández y Adelina Espejel Rodríguez (coords.), *Género y desarrollo. Problemas de la población 1*, (pp. 133-153). México: Universidad Autónoma de Tlaxcala.